

Era éste un hombre de andar lento, de algo más de cincuenta años de edad, faz pálida y de un aspecto físico, en general, que denotaba los muchos sufrimientos y amarguras que aquel largo cautiverio de Argel le reportaron. Tenía todavía el pelo negro y la barba ligeramente tocada de canas. Era de buen porte y, por más señas, manco de la mano izquierda, porque así le dejaron tres arcabuzados recibidos en aquella memorable batalla de Lepanto, que tan impeccedera gloria dió a las armas de nuestra Patria. Miguel de Cervantes, dada la continua relación existente entre Argamasilla de Alba y el Tomillar del Oso, visitaría entonces nuestra aldea, pues al hallarse ésta situada entre algunas de las fincas que habría de embargar, es muy posible que, relacionado con ello, Cervantes viniera desde Argamasilla, donde, como ya hemos dicho, residían la mayor parte de los dueños de estos terrenos.

Es conveniente hacer constar que la misión de Cervantes, como recaudador de alcabalas, no se circunscribía solamente a Argamasilla de Alba, sino que, por el contrario, hubo de recorrer toda la Mancha, terrenos entonces de la Orden de San Juan, en el desempeño de su enojosa profesión. Y fué, con motivo de estos viajes, cuando el manco de Lepanto tuvo ocasión de estudiar, con esa delicadeza en él peculiar, las costumbres de los aldeanos de aquella época, cuyos defectos habría de ridiculizar luego en su magna obra.

Quien haya tenido la feliz idea de leer el Quijote y conozca concienzudamente el territorio manchego, habrá podido comprobar la precisión con que Cervantes nos describe, en los capítulos de este libro, los distintos parajes por donde su personaje fué haciendo ruta. Ningún detalle,



*Vista de un camino real manchego, ruta quijotesca por excelencia. En el fondo, a la izquierda, la venta se yergue, abatida por los siglos, dando al paisaje un sabor de innegable evocación cervantina*

por minúsculo que sea, escapa a la atención de Cervantes. Todo está tratado tan acertadamente, las descripciones topográficas son tan exactas y las costumbres de aquella época están tan maravillosamente resaltadas, que uno no tiene por menos que reconocer que quien con tanta soltura trata los puntos que antes mencionamos es porque, forzosamente, ha recorrido con detenimiento, toda la comarca manchega. Y en esta ruta hubo de seguir en el desempeño de su profesión de alcahalero, ruta cervantina que luego habría de ser ruta quijotesca, el manco de Lepanto fué concibiendo el plan de su obra y grabando en su imaginación aquellos aldeanos que pasarían a ser los personajes del Quijote y cuyos defectos e immoralidades habría de sancionar con tanto acierto y por boca de su personaje principal, a través de las páginas de su obra, en una crítica aderezada con toda la gama de su espíritu satírico.

Pero he aquí que, para colmo de sus anteriores desdichas, un día Cervantes fué encarcelado en la cueva del Corregidor Medrano, de Argamasilla de Alba, acusado, según algunos historiadores cervantistas, de haber querido aprovechar las aguas del Guadiana para el servicio de una fábrica de pólvora, de cuyo montaje había sido encargado y lo que se consideraba nocivo para la salud y seguridad de los vecinos, y según otros historiadores y de acuerdo con la tradición misma, que así lo relata, por haber dirigido a la hermana del ya citado Corregidor un pipopo algo verde. Ya, en aquel lóbrego recinto, el plan que Cervantes había concebido y sazonado en